

SIC

TELÉFONO 7501 APARTADO 413

CARACAS

REVISTA DE
ORIENTACION CATOLICA

Año 8 - Tomo VIII - N° 72
Febrero — 1945.
Caracas — Apdo. 413

EL TRES DE FEBRERO DE 1795 NACIO EN CUMANA ANTONIO JOSE DE SUCRE, destinado por la Providencia a sellar en Ayacucho, con una de las batallas más gloriosas de la Historia, la Independencia del Continente Sudamericano. **CUMANA**, la querida y añorada patria del Mariscal, se apresta a celebrar pomposamente su sesquicentenario, con brillante participación de todas las Repúblicas bolivarianas. Venezuela entera se asocia a la conmemoración.

SIC, en su misión orientadora, debe a sus lectores en este solemne momento una serena pero afectuosa meditación sobre el **valor ejemplar de la vida cívica del "hombre más puro de América"**.

Entre la pléyade de valores excepcionales que en su misión libertadora rodearon a Simón Bolívar, la figura más completa, y, sin discusión posible, la más simpática es la del General Antonio José de Sucre. Sin duda también la más trascendente.

Cuando el Sol de América caminaba hacia el destierro para ponerse definitivamente en Santa Marta, pensaba en el Mariscal de Ayacucho para salvar su genial creación de la Gran Colombia. Nosotros creemos sinceramente que formulan una de las más acertadas reflexiones sobre la Historia de América las conocidas frases de César Zumeta: "El Caín del Abel de Colombia cruzará las edades de la Historia cargado con el cadáver del Mariscal de Ayacucho, chorreándole la sangre de Sucre, que era el brazo y la esperanza de la América, porque, al desplomarse él, murió la Gran Colombia, y con ella el equilibrio político y económico de las Américas anglosajona e ibérica. Ese día cesó la evolución del Continente en el sentido boliviano; desapareció la gran potencia que nos aseguraba el señorío generoso del Caribe sub-antillano, del Canal Panameño y el Pacífico colombo-ecuatorial, y asesinó Obando, la paz de un siglo y la imperial opulencia de los Estados Unidos de Colombia".

Desde la cuna al sepulcro une a los dos héroes sorprendente paralelismo. Nobilísima ascendencia familiar, integral patriotismo, brillante genio militar, generoso desprendimiento económico, ocaso trágico y grandioso.

Sucre, vinculado tan entrañablemente a Bolívar, tuvo en él su biógrafo y panegirista. La Historia lo conoce con los nombres de gloria con que él lo bautizó.

Entre las singulares y a veces discutidas confidencias que Bolívar hizo a sus amistades en los días de la Convención de Ocaña y que Peru de La-croix ha recogido en **El Diario de Bucaramanga**, se halla esta maravillosa **etopeya del Mariscal de Ayacucho**:

"Sucre es caballeroso en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico y capaz de las más altas concepciones: es el mejor General de la República y su primer hombre de Estado. Sus principios son excelentes y fijos; su moralidad es ejemplar y tiene el alma grande y fuerte. Sabe persuadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar, y si en política

SUCRE,
VALOR
EJEMPLAR

no es un defecto el juzgarlos peores de lo que son en realidad, el General Sucre tiene el de manifestar demasiado el juicio desfavorable que hace de ellos. Otro defecto del General Sucre es de querer mostrarse demasiado sencillo, demasiado popular y no saber ocultar bien que en realidad no lo es. Pero ¡qué ligeras manchas sobre tantos méritos y virtudes! A todo esto añadiré que el Gran Mariscal de Ayacucho es el valiente de los valientes, el leal de los leales, el amigo de las leyes y no del despotismo, el enemigo de la anarquía y finalmente un verdadera liberal”.

Es difícil encontrar en menos palabras un panegírico más perfecto. Los dos defectos señalados pueden resumirse en **exceso de sinceridad y sencillez**. Las virtudes más sobresalientes son: caballeroso, cabeza organizada, metódico, alma grande, moralidad ejemplar, valiente entre los valientes, leal, amigo de las leyes, enemigo de la anarquía. . .

En la hora de la crisis aguda de valores y caracteres humanos, que, sin injuria de nadie, hemos de confesar que estamos viviendo, Sucre se hierge como una lumbrera orientadora, como un auténtico paradigma de virtudes cívicas.

El valiente entre los valientes, que cruzó victorioso entre mil azares las cumbres volcánicas del Ecuador y las gargantas traicioneras de los andes peruanos, era, como auténtico valiente, espléndidamente generoso: Recuerdese los términos de la capitulación de Ayacucho, que hicieron exclamar al español Don José María Rey de Castro: “Sucre no sólo accede a los deseos insinuados por los rendidos, sino que en muchos casos los amplía en su favor. La historia fallará si es más grande el General Sucre como hombre de guerra en el campo de batalla, o como hombre político, estipulando la capitulación. ¡Momentos supremos en que su noble alma despliega los magnánimos sentimientos en que abunda, para ofrecer al universo la impeccedera muestra de hidalguía americana, de que es él la afortunada personificación” . . .

El leal entre los leales lo fué con todos los compañeros de armas. Enalteció sus méritos en las campañas, señalándolos como los autores decisivos de sus triunfos; fué leal a Santander, en los mismos días en que el Vicepresidente de la Gran Colombia rumiaba en la sombra su envidia de resentido y arbitraba los medios de “despopularizarlo y hacerle perder su reputación”; fué leal a su prometida, la juvenil Marquesa de la Solanda, durante seis largos y fatigosos años de ausencia en la Guerra del Perú y el Gobierno de Bolivia; fué leal hasta la muerte con el Libertador, que tantos traidores conoció. Emociona la concisa frase de su disposición testamentaria: “De mis bienes se separa la espada que me regaló el Congreso de Colombia como premio por la batalla de Ayacucho, y que se entregará al General Bolívar, en señal de mi gratitud, por los servicios que ha hecho a mi patria”.

El amigo de las leyes, enemigo, igualmente, del despotismo y la anarquía, no quiso aceptar en Bolivia la Presidencia vitalicia, y al abandonar, a los dos años, el poder, después de seis años de dominio en el Perú y Bolivia, regresa a Quito con mil pesos por todo haber. Los veinticinco mil pesos que le donó el Congreso de Bolivia los mandó repartir entre los pobres, los huérfanos y las viudas de los soldados de Ayacucho, ¿Qué gobernante entre los modernos héroes democráticos puede hablar con la sinceridad y verdad con que Sucre escribía a Bolívar en 1828? “Una buena suerte me pone fuera del caso de los generales de Napoleón, de quienes se decía, que después de ricos, no querían trabajar. No cuento para vivir más que lo que tiene mi mujer y estoy contento. Ella me dará el pan y yo le daré los honores que me ha dejado la guerra, porque aun renunciaré los títulos. . . Estoy sujeto en la actualidad a mantenerme del pan de mi mujer. . .”

Que el Sesquicentenario de Sucre no se reduzca a un fuego fatuo de sonoros discursos y salvas militares.

Los que mandan y los que obedecen, todos los hijos de la patria que hoy tienen los ojos fijos en la figura deslumbradora de Sucre, aprendan en su vida ejemplar lecciones luminosas de rectitud, moralidad, desprendimiento y abnegación patriótica.

M. Aguirre Elorriaga, S.J.

